

DERMATOLOGIA Y ARTE .EDICION 212.

Como humilde agradecimiento a ese mágico evento llamado CILAD QUITO 2008.

DERMATOLOGIA Y PROSA.

LEYENDAS DEL ECUADOR. Edgar Allan García.

EL YAVIRAC (QUITO).



Por si no lo sabes, el Panecillo se llama así porque a los primeros españoles les pareció que aquel cerro tan redondo y armonioso que se levantaba en el corazón de Quito, era igual que un pan, un panecillo de miga blanca y apretada, de esos que los panaderos de Sevilla o Andalucía horneaban para luego inundar las calles con olor irresistible.

Muertos de nostalgia, los españoles bautizaron el pequeño cerro como el Panecillo, en una tierra en que no se conocía el pan que ellos añoraban, -pues aún no había trigo- sino que rebosaba de humeantes llanpiganchos, tortillas de quinua, humitas de sal y de dulce, yuca asada, biscochos de maqueño, chigüiles de maíz, tortas de choclo, tamales rellenos con mote y chicharrón de llinguino tierno, todos chisporroteando en la viscosa mapahuirra y bañados luego en un jugoso ají que mmmmm, no, ¿no!, páreme la mano, no tiene sentido continuar con tantas y tantas delicias que como te imaginarás,

enloquecieron de gusto a los recién llegados, aunque ellos –como ya te dije- seguían extrañando a esos panecillos calientes, acompañados de vino tinto, que años más tarde el gran Velásquez se encargaría de pintar en un lienzo donde un niño parte, desde hace siglos, un sabroso pedazo de pan.



Debes saber también que antes de que llegaran los españoles, este sitio era conocido como el Yavirac, y ahí, sobre su cima, los indios anteriores a los incas, y más tarde, los incas que invadieron estas tierras, festejaban el Inti Raymi, la gran fiesta del Sol. Así, el 21 de junio de cada año, los indios de distintas regiones se reunían en el Yavirac para cantar y bailar y beber y alabar, en una ronda de alegría, al altísimo señor del cielo que moría cada tarde y renacía cada mañana, al generoso Inti de la

vida y el calor, al padre de la siembra y de la cosecha que año tras año daba a luz Pacha Mama, la Madre Tierra.

Pues bien, cuenta la leyenda que Atahualpa (en realidad se llamaba Atabalipa) había mandado construir en la cima del Yavirac un templo de oro puro. Debes saber que a los Incas les gustaba mucho el oro por una sola razón: este era el metal que más se parecía a los rayos de luz que brotaban del sol. Para los españoles en cambio, aquel metal significaba conquista, gloria, fortuna, tierras, nobleza, poder sin límites. Por eso, luego de que los españoles mataron al Inca Atahualpa (que en ese entonces tenía 33 años), marcharon a toda prisa hacia Quito con ansias de repartirse el templo del oro que estaba en la cima del Yavirac.



Imagínate, por un momento, imagínate los rostros de decepción que tenían los españoles que sudorosos y cansados subieron a la cima del Yavirac y se encontraron con que no había ni una sola pepita de oro sobre la tierra seca: el templo del sol había desaparecido como por arte de magia. Pero lo que no sabían –ni supieron nunca- era que dentro del Yavirac, en el corazón del cerro, entrando por caminos

secretos llenos de arañas ponzoñosas y alacranes gigantescos y desfiladeros llenos de trampas mortales, se encuentra el templo del sol, cuidado por cientos de doncellas hermosas que no envejecen nunca y por una anciana sabia que – según he escuchado- es la mismísima madre de Atahualpa.

Te cuento otro secreto: si alguna vez logras encontrar la entrada, y luego de salvarte de los peligros que te esperan, llegas por fin a la morada de la anciana, tienes que pensar muy bien en lo que dices y haces. Si la anciana te pregunta –mirándote fijamente a los ojos- qué buscas en esos recintos sagrados, tienes que decir que eres pobre, que has ido a dar ahí por accidente, que sólo buscas la salida y que juras nunca revelar la entrada secreta a aquel templo. La anciana entonces se levantará de su trono de oro macizo; te hará escoger



entre una enorme piedra de oro, más un puñado de perlas, rubíes y esmeraldas que están sobre una mesa, y una tortilla de maíz, una mazorca de choclo tierno y un pocillo con mote jugoso que están sobre la mesa. Piénsalo bien, pues si escoges la primera mesa, es probable que al salir te encuentres con que en vez de riquezas sólo llevas un pedazo de ladrillo y unas cuantas piedras comunes en las manos. Y es probable también que, si escoges los alimentos que se encuentran sobre la segunda

mesa, la tortilla se convierta de pronto en un enorme pedazo de oro sólido, el choclo tierno en numerosas pepitas de plata y el pocillo con mote en gran cantidad de piedras brillantes. Escoge bien, porque es probable que suceda también al revés, y que una vez más afuera ya no haya forma de volver atrás.

Yo no te contaré nunca, así insistas, por qué tengo un cerro de dinero que se me sale por los bolsillos ni por qué vivo en esa mansión de estilo antiguo que se levanta a un lado de la cima del hermoso Yavirac; sólo te diré que gracias a que la vida ha sido tan generosa conmigo, desde hace años suelo ayudar a manos llenas a aquellos que más lo necesitan. Ah, y como sé que te estarás imaginando que todo lo que ahora tengo se lo debo a la anciana del templo del sol, déjame decirte algo, y que te quede muy, pero muy claro, de ahora en adelante: es probable que sí y es probable que no. ¿Entendido?. Y ahora, por favor, déjame para que pueda comer una comida que antes no me gustaba pero que ahora me encanta: mi tortilla de maíz, mote y choclos tiernos....a menos, claro está. Que también tengas hambre y quieras saborear un poco de estas delicias conmigo.



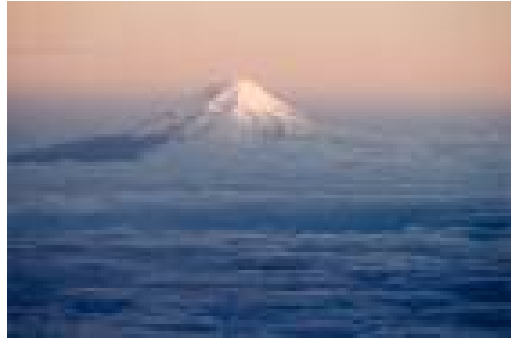
Colaboración de la Dra. Raquel M Ramos.

DERMATOLOGIA Y POESIA.

Tomado al rompe en un momento de intensa felicidad, de una trovadora ambulante.....

A SIMON

....."Cuentan que tuvo en su faz
Lo que salva y lo que aterra...
Rayo de muerte en la guerra
Y arco iris en la paz.....
Cuando pensaban que ya
No resistía su brazo,
Hizo en la América un trazo
Y volando casi loco...
Con aguas del Orinoco
Fue a regar al Chimborazo!.



Colaboración de la Dra. Raquel M. Ramos M.

DERMATOLOGIA Y PINTURA.

OSWALDO GUAYASAMIN.

Pintor ecuatoriano nacido en Quito. Se gradúa de Pintor y Escultor en la Escuela de Bellas Artes de ésta ciudad. Realiza su primera exposición cuando tiene 23 años, en 1942. Obtuvo en su juventud todos los Premios Nacionales y fue acreedor, en 1952 del Gran Premio de la Bienal de España y más tarde del Gran Premio de la Bienal de Sao Paulo. Ha expuesto en museos de la totalidad de las capitales de América, y muchos países de Europa, como en Leningrado (L'Ermitage), Moscú, Praga, Roma, Madrid, Barcelona, Varsovia. Guayasamín fue amigo personal de los más importantes intelectuales y estadistas del mundo progresista, y ha retratado a algunos de ellos, como Fidel y Raúl Castro, Francois y Danielle Mitterrand, Gabriel García Márquez y Rigoberta Menchú, entre otros. Sus últimas exposiciones las inaugura personalmente en el Museo del Palacio de Luxemburgo París y en el Museo Palais de Glace en Buenos Aires, en 1995. Falleció el 10 de marzo de 1999, a los 79 años. Hasta poco antes de su fallecimiento estaba trabajando en su obra cumbre, denominada La Capilla del Hombre. Su obra humanista, señalada como expresionista, refleja el dolor y la miseria que soporta la mayor parte de la humanidad y denuncia la violencia que le ha tocado vivir al ser humano en el siglo XX.



Autorretrato, 1963, de la colección "La edad de la ira"

'Me miré al espejo y empecé a pintar', dijo Oswaldo Guayasamín, en 1996, cuando explicaba cómo había hecho su tercer autorretrato, aquel que se exhibe, ahora, en la galería "Uffizzi", de Florencia.

En esa ocasión, le bastó una hora y cuarto para verse a sí mismo y no dormir durante una semana. Y es que pintar a otros (Fidel Castro, Carolina de Mónaco, el rey de España, entre más de 600 personajes) no le resultaba tan

angustiante. Pero "cuando se trata de un

autorretrato me da miedo, todos tenemos esa parte oculta que es difícil de reflejar".

En ese reflejo, Guayasamín, seguramente, se veía entre las grietas de la piel, las arrugas de las manos, la ternura y dureza de su rostro. En ese espejo, recrearía al hombre que, a pesar de la diabetes y de la pérdida paulatina de la visión, se sentía fuerte. "He sido siempre un buen tomador de vino, y eso es como un veneno para mi mal, pero me siento bien y con ánimos de seguir pintando el resto de mi vida". En la mirada a sí mismo, mientras boceteaba su autorretrato, pensaría en su pintura y en su corazón... el de los amores. "Ahora estoy en el descanso del guerrero", dijo hace poco.

En el óleo, reconocería el camino de las lágrimas, el "Huacayñán", y "La Edad de la Ira".

Se identificaría, en cada paletazo, con la protesta y la denuncia social, para retratarse con rabia, para llamar, desde sus trazos, a una sociedad más justa y a una vida mejor para los desposeídos.

Recordaría, en cada color, su origen mestizo (aunque siempre afirmaba ser indio) y su casona del populoso barrio de La Tola, en donde nació.

Guayasamín seguiría mezclando los aceites, mientras repetía que "este siglo es el peor de los siglos que el hombre ha vivido sobre la Tierra, porque no cesa la matanza sin límites de personas".

Pues sí, hacerse un perfil no resultaría tan fácil. Allí develaría, a viva voz, su afinidad con la izquierda política, su "fidelismo", su defensa por los derechos humanos.

El espejo comenzaría a empañarse, de tanto respirar frente a él, y entonces tropezaría, en su memoria, con el muralismo mexicano, con Orozco, su maestro.

Casi a punto de terminar, en el lienzo, se autodefiniría como un buen

amigo, fumador, amante de los pasillos, charlatán y magnífico narrador de historias.



Y antes de poner la firma en su autorretrato, hubiera querido ver inaugurada la "Capilla del hombre". Hubiera querido terminar de pintar los murales que la cobijarían, concluir la historia de América Latina y cerrar el círculo de su propia vida. Pero el espejo se rompió. Se hizo trizas.

Colaboración de la Dra. Raquel M Ramos.